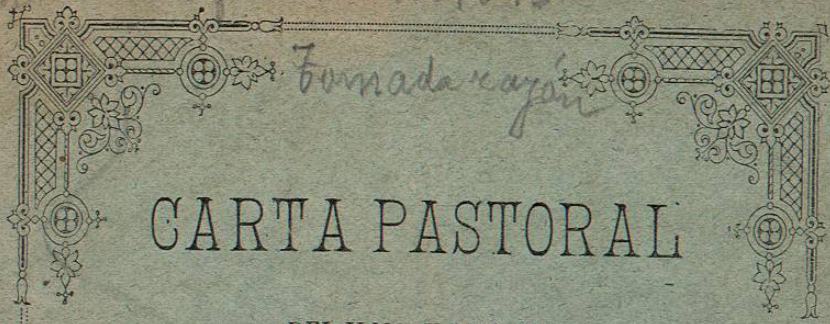


Mont. 22 de febrero de 1895

*Formada en 1895*



# CARTA PASTORAL

DEL ILMO Y RMO. SR.

## ARZOBISPO DE LINARES

Á SUS DIOCESANOS

SOBRE

### La Cuaresma.

*[Faint handwritten text]*

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON

Biblioteca Valverde y Tellez

MONTERREY.

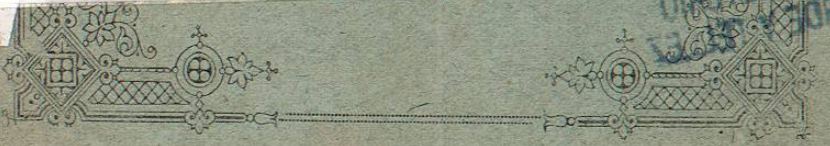
Calle de Doctor Mier Numero 70.

1895.



FONDO VALVERDE Y TELLEZ

BX874  
.L664  
C3  
1895a  
c.1



985

BX874

.L664

C3

1895a

c.1

85



1080027082

# CARTA PASTORAL

DEL ILMO Y RMO. SR.

## ARZOBISPO DE LINARES

Á SUS DIOCESANOS

SOBRE

### La Cuaresma.



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
Biblioteca Valverde y Tellez



Capilla Alfonsina  
Biblioteca Universitaria

41185

BX874

.66

C31



Biblioteca Universitaria  
de Salamanca

NOS JACINTO LOPEZ, *por la gracia de Dios  
y de la Santa Sede Apostólica, Arzobispo  
de Linares.*

*Al M. I. y V. Cabildo, al V. Clero y á todos los fieles, nues-  
tros diocesanos, salud y paz en Nuestro Señor Jesucristo.*

VENERABLES HERMANOS Y MUY AMADOS HIJOS:

Muy cerca estamos ya del tiempo santo de *Cuaresma*. Con la misteriosa imposición de la ceniza sobre nuestras cabezas, que nos recuerda que polvo somos y en polvo ha de convertirse inevitablemente este nuestro cuerpo, objeto acaso de nuestros excesivos cuidados, con agravio de los intereses eternos de nuestra alma inmortal que habrá de animarlo tan solo fugaz y transitoriamente, como brilla el relámpago en la oscuridad de la noche, el 27 del corriente dará principio esa época la mas sagrada, la mas excelentemente santa de todo el año, ya por la inefable santidad de los sublimes misterios de la redención del género humano por Jesucristo, que en ella se conmemoran de un modo mas especial que en el resto del año; ya también porque, por divina inspiración y con admirable sabiduría, la ha destinado la Iglesia, desde los tiempos apostólicos, para que sus hijos se preparen con obras de santificación á celebrar digna y provechosamente la Pascua, que es la gran solemnidad del cristianismo por la cual se consagran todas las demás que le son propias.

003985

Diecinueve siglos há que, de año en año, viene la Iglesia recordándonos á todos sus hijos la grave obligación que en conciencia tenemos en orden á la fiel y religiosa observancia de la *Cuaresma*, conforme á sus sabias y saludables prescripciones, ya por reconocimiento al amor y bondad infinita con que el Hijo de Dios, hecho hombre por salvar á los hombres, padeció y murió en el afrentoso patíbulo de la Cruz á fin de redimirnos de la esclavitud de Satanás y restituirnos á los derechos de hijos de Dios; ya para que nos aprovechemos del fruto de tan costosa redención, convirtiéndonos de todo corazón á su Divina Magestad. Sí, aunque no hay día en que, de un modo ú otro, deje la Iglesia de estimularnos á la penitencia, como el profeta Ezequiel al pueblo de Dios diciéndole en su nombre: *Convertios y haced penitencia de todas vuestras maldades; y vuestra maldad no será ruina para vosotros. Echad lejos de vosotros todas vuestras prevaricaciones .....y haceos un corazón nuevo, y un espíritu nuevo.* [Cap. XVIII, 29. 30.]; sin embargo al acercarse la Santa Cuaresma, nos hace un llamamiento muy especial, exhortándonos con redoblado y caritativo celo á que nos dediquemos tan exclusivamente como sea posible á expiar nuestras culpas con digna y fructuosa penitencia, porque aunque de ordenación eclesiástica en cuanto á la forma, en cuanto á la sustancia son preceptuadas por Dios las prescripciones cuaresmales, á semejanza, dice San Ambrosio, de la anual solemnidad de la *Expiación* impuesta al pueblo de Israel con sus ritos y ceremonias propias para que, dejando los cuidados y negocios temporales, en aquellos días, se entregase por completo á compurgar sus pecados con abundantes y solemnes sacrificios. Por eso, cual otro profeta Joel, hace resonar en estos días, por todo el mundo, la voz del Señor Dios Omnipotente que nos dice: *Convertios á mí de todo vuestro corazón, con ayuno y con llanto y con gemidos;* y nos alienta y nos estimula con maternal ternura á corresponder al divino llamamiento, di-

ciéndonos con San Pablo: *Os exhortamos á que no recibais en vano la gracia de Dios..... He aquí que ahora es el tiempo favorable; he aquí que ahora es el día de la salud.* (2 Cor. VI 2) ¿Y quién lo duda? El Papa San León, predicando en Cuaresma, decía: “Aunque no hay tiempo alguno que no esté ‘lleno de los dones divinos, y siempre tengamos acceso á la ‘misericordia de Dios, por su gracia; ahora sin embargo las ‘almas son movidas con mayor esmero al aprovechamiento ‘espiritual, y debemos animarnos con mayor confianza, á ‘tiempo que la vuelta del día en que fuimos redimidos, nos ‘invita mas poderosamente á las obras de piedad, á fin de ‘que, purificados nuestros cuerpos y nuestras almas, celebremos el misterio de la pasión del Señor que es el mas excelente.”

Lo mismo han dicho y enseñado todos los Santos Padres y doctores de la Iglesia, y lo han experimentado en el transcurso de los siglos multitud de cristianos que, con docilidad de entendimiento y de corazón, han sabido aprovecharse de la benignidad y misericordia del Señor, más propicia en la Santa Cuaresma que en el resto del año, en favor de los que la observan religiosamente. ¡Ah! Para cuántos que, aturridos con el estrépito de los negocios de la tierra, que no son más que bagatelas, entretenimiento de niños, si se comparan con el grande, el único importante y necesario de la salvación de nuestra alma, los días de la expiación cristiana han sido el término de una vida desarreglada y pecaminosa que los arrastraba vertiginosamente hacia el precipicio de eterna condenación; y, al mismo tiempo, el principio de la en que, habiendo tomado con heroica fortaleza la Cruz de la mortificación y verdadera penitencia, siguieron sin vacilar á Jesucristo, hasta reinar con El en la gloria! Así es ciertamente; pues no hay duda que en esos días se recogen en todas partes frutos de santificación y de vida eterna, más ó menos, en proporción á la docilidad y al buen espíritu con que el

pueblo cristiano corresponde á la voluntad divina que, por medio de la autorizada voz de su Iglesia, le impone la obligación de observar las saludables prácticas religiosas á que han sido consagrados esos días. ¿Acaso no debemos esperar que tambien ahora entre nosotros, en esta cática ciudad y en toda nuestra Diócesis, hayan los fieles de cumplir tan sagrado y provechoso deber? ¿Por ventura habremos todavia de lamentar, venerables hermanos y muy amados hijos nuestros, el que sigan cerrando sus oídos á los misericordiosos llamamientos del Señor, y á los amorosos clamores de la Iglesia, tantos cristianos que, por desgracia ciertamente digna de llorarse con lágrimas de sangre los han venido despreciando, privándose por muchos años tal vez, de la abundancia especial de la gracia, vinculada al tiempo cuaresmal? No; Dios Nuestro Señor que no quiere la muerte eterna del pecador, sino que se convierta y viva para siempre en perfecta felicidad, se dignará mover más y más eficazmente á esa multitud de cristianos que, por su desgracia, han vivido descuidados de sus deberes religiosos, para que, entrando dentro de sí mismos y meditando seriamente sobre el destino eterno de sus almas después de la muerte que, por cierto, no se hace esperar de nadie demasiado tiempo, se resolverán por fin, á emprender una vida practicamente cristiana, cual conviene á los hijos fieles de la Iglesia Católica, empezando desde luego por guardar con religiosidad de corazón, en cuanto á la letra y, sobre todo, en cuanto al espíritu, las prescripciones eclesiásticas en el próximo tiempo cuaresmal.

Para hacerlo así, no pocos de los que viven apartados de sus deberes religiosos tendrán que empezar por sobreponerse con valor cristiano, al respeto humano; á esa apreciación exagerada de las opiniones y de los juicios de los mundanos, que hace al hombre omitir el bien que deseara practicar, y ejecutar el mal que repugna á su corazón; de ese temor inca-

lificable que lo convierte en un vil y miserable esclavo que renuncia de su propia voluntad por complacer en exceso á los demás, sin miramiento á los fueros sagrados de la verdad y de la virtud que, á pesar de todo, estimulan su conciencia, por beneficio de Dios; de esa vergüenza inexplicable á la clara luz del buen sentido y de la recta razón, en cuyas sacrilegas aras tienen tantos la infelicidad de sacrificar la santa libertad que el Señor en su liberalidad nos ha concedido para elegir entre lo bueno y lo mejor, que tanto nos enoblece, asemejándonos á nuestro Creador, tan sólo por agradar á los que, abusando lamentablemente de ese don celestial, eligen entre lo malo y lo peor, y hablan y obran contra los dogmas, preceptos y prácticas sagradas de la divina religión de Jesucristo. ¡Ah! Qué humillación, que ridiculez tan vilipendiosa la de los esclavos del respeto humano, de ese despreciable *qué dirán*, que hace que muchos cristianos vivan como si no lo fueran! Qué contrasentido el pensar, el creer y hasta el querer de un modo, y obrar de otro muy distinto, especialmente en una época como la nuestra, en que se blazona de proceder cada cual con entera independencia, guiado tan solo por sus propias ideas y sentimientos! ¡Qué desorden, en tratándose de religión, el preferirse la voluntad caprichosa de los hombres amantes y seguidores del mundo, á la de Dios, nuestro Creador y conservador! ¡Qué ingratitud tan repugnante encierra el respeto humano hácia el Señor que es el mejor de los bienhechores, de quien hemos recibido el ser que tenemos y los incontables bienes de que hemos gozado en el orden de la gracia y de la naturaleza! ¡Qué temeridad la de los que se avergüenzan de reconocer á Jesucristo delante de los hombres, de practicar su religión sacrosanta, de recibir sus sacramentos, de asistir á sus templos, en donde quiere y manda que nos congreguemos á rendirle de un modo especial el tributo de nuestro reconocimiento y de nues-

tras adoraciones! ¡Cómo! ¿Olvidan acaso esos temerarios que no muy tarde habrán de comparecer en su presencia soberana, y que entonces Él también se negará á reconocerlos delante de su Padre celestial, como lo manifestó terminantemente cuando predicaba en el mundo su Evangelio, diciendo: “En suma, á todo aquel que me reconociere y *confesare* por “Mesías delante de los hombres, yo también le reconoceré y “*me declararé por él* delante de mi Padre que está en los cie-  
“los; más, á quien me negare delante de los hombres, yo tam-  
“bién le negaré delante de mi Padre que está en los cielos?”  
(Math. X. 32. 33.) No, no, hijos nuestros, no abdicuéis vuesa-  
tra noble dignidad, vuestra cristiana libertad, ni la independen-  
cia con que, queriéndolo como debeis quererlo, es preciso  
que lleneis vuestros deberes religiosos, para vuestro verdade-  
ro bien. Sacudid para siempre el afrentoso yugo de la igno-  
miniosa esclavitud del respeto humano, del *qué dirán* de los  
que, ó no han tenido la dicha de ser católicos, ó han renega-  
do de la fé de sus padres, ó conservándola acaso en sus cora-  
zones, la contradicen con su vida práctica; y de esa manera  
apresuraos á secundar los designios de Dios y de su Iglesia  
respecto á la Cuaresma.

Para tan santo y saludable fin muchos tendrán tal vez  
que hacer también el sacrificio de hábitos y pasatiempos mun-  
danos, más ó menos arraigados, que desfiguran, que hacen  
inconocible al cristiano que ha de distinguirse andando siem-  
pre revestido de Jesucristo, como dice el Apóstol S. Pablo;  
de los hábitos y pasatiempos contrarios al ejemplo y ense-  
ñanzas del mismo Jesucristo y de sus Apóstoles, entre quie-  
nes, S. Pablo nos dice: *No os conforméis con este siglo, sino  
reformaos en novedad de vuestro espíritu, para que experimen-  
teis la voluntad de Dios buena, agradable y perfecta,* (Rom.  
XII. 2.) A su vez nos pregunta Santiago: *¿No sabeis que la  
autoridad de este mundo es enemiga de Dios?* Pues bien: *Quien  
amistad*

*quisiere ser amigo de este siglo, se constituye enemigo de Dios*  
[IV. 4.] Y S. Juan, en fin, nos amonesta que: *Si alguno ama  
al mundo, la caridad del Padre no está en él. Porque todo lo  
que hay en el mundo es concupiscencia de carne, y concupiscen-  
cia de ojos, y soberbia de vida; la cual no es del Padre, sino del  
mundo.* [E. I. c. II. v.v. 15. 16.] Sustraer, pues, al hom-  
bre cristiano del pernicioso influjo de esas concupiscencias  
que dominan y pierden al hombre mundano, para que pueda  
vivir y morir en la santidad propia de su profesión religiosa  
y salvar su alma, es el pensamiento á que obedecen los pre-  
ceptos y saludables prácticas cuaresmales. Más ¿cuáles son  
esos preceptos, esas prácticas religiosas? ¿Cómo deben obser-  
varse por los católicos, para evitar la responsabilidad en que  
incurren los que las desprecian ó las observan mal?

Ante todo, conviene tenerse presente que la Iglesia, al  
determinarlas para que nos preparemos á celebrar dignamen-  
te la Pascua, como ya lo hemos dicho, se ha inspirado prin-  
cipalmente en el ejemplo que nos dió Nuestro Señor Jesu-  
cristo, retirándose cuarenta días consecutivos al desierto, an-  
tes de emprender su vida pública y consumir la redención  
del hombre, con su muerte, en el Calvario.

En aquel solitario lugar se ocupó exclusivamente el di-  
vino Redentor en orar á su Eterno Padre, no por sí mismo,  
sino por nosotros; en sufrir los rigores del ayuno mas perfec-  
to, privándose de alimento y de bebida en lo absoluto, no  
por vía de expiación propia, porque siendo la santidad por  
esencia, ni siquiera podía argüirle su purísima conciencia de  
la mas leve falta, que tuviera que expiar, sino para enseñar-  
nos á los pecadores los medios á que principalmente debemos  
ocurrir para expiar la multitud de nuestros pecados con que,  
por malicia ó por miseria, ofendemos diariamente á la majes-  
tad infinita del Señor.

Debemos, pues, en primer lugar, mantenernos, durante  
la Cuaresma, en religioso retiro, en cuanto lo permita el cum-